

doctores García Toledo, Ajos, Granados y otros que fueron remitidos a Morillo.

Aún sufrieron los emigrados otras varias desgracias. El corsario *Cometa*, mandado por el infame Michell, arribó a la isla de Providencia, donde quiso asesinar al ciudadano Juan de Dios Amador, que había sido su bienhechor, al doctor Rebollo, al Teniente-Coronel Narváez y a otros que se ocultaron en los bosques; a todos robó cuanto poseían. En seguida pasó, acompañado de algunos Oficiales y soldados patriotas, a la isla inmediata de San Andrés, que tomaron, degollaron al Gobernador y a la corta guarnición española que allí existía.

Otro barco recaló a la isla de Cuba, y de ciento noventa emigrados que sacara de Cartagena, sólo pudo ofrecer al rigor y a las cárceles de las autoridades españolas ocho personas; las demás habían muerto de hambre y de miseria. Las goletas *Constitución* y *Sultana* arribaron a Sabana de la mar en Jamaica, cuyos Magistrados y habitantes ofrecieron a los emigrados hospitalidad y socorros generosos; mas luego que pasaron al puerto de Kingston, sólo se permitió a estos buques permanecer unos pocos días, y a la mayor parte de los emigrados se les impidió desembarcar.

De allí siguieron a los Cayos de San Luis, a donde había arribado el resto de la emigración, que halló una hospitalidad generosa en Petión, Presidente de Haití. Apenas seiscientas personas se salvaron en las islas de Jamaica y Santo Domingo; de las que por lo menos doscientas murieron de resultas de la miseria, de las enfermedades y de las fatigas de un viaje tan dilatado por la mala calidad de los buques.

Tál fue la suerte de los desgraciados defensores y habitantes de Cartagena. Su constancia y su-

frimiento llegaron a un grado heroico. Pereciendo diariamente por centenares, sin víveres y con muy pocas esperanzas de conseguirlos, comiendo hasta los animales más inmundos, jamás hubo quien propusiera rendirse ni hacer la paz con los tiranos, origen de todos sus males. Los que sufrió Cartagena pueden compararse con los padecimientos que hubo en los sitios más célebres que recuerda la Historia; ésta, en sus fastos, no puede menos de dar un lugar distinguido a los patriotas de Cartagena, que tanto hicieron por asegurar su independiencia y libertad. (1)

III

Cuando por enfermedad del señor Amador se encargó del Gobierno de Cartagena el Teniente de Gobernador ciudadano Juan Elías López, en 22 de noviembre, las únicas provisiones existentes en los almacenes del Estado eran 3 barriles de harina de trigo y 7 de maíz. Después se hicieron conducir a la plaza, de las últimas reliquias del cargamento de los de la goleta *Popa* que habían desembarcado en Bocachica, otros tantos barriles de carne y puerco, y tres o cuatro bocoyes de bacalao; con esto y con siete u ocho caballos, flacos reservados hasta el último apurado extremo de la necesidad, para recorrer y visitar los puntos de la guarnición, al general y al Jefe de día con sus Edecanes o Ayudantes se estuvo racionado escasisísimamente la guarnición marina y el Hospital militar hasta el último del mes.

En 1º de diciembre no había absolutamente que dar de comer al soldado y al marinero, ya ex-

(1) Del tomo 1º de la Historia de Colombia, por Restrepo.

tenuados y apenas semivivos con las escaseses y con la continua hambre que estaban padeciendo. De las fuerzas sutiles de Tezcar, la escuadrilla de buques menores apostados en la bahía, de Castillogrande, de La Popa, de San Felipe de Barajas, del dilatado recinto de la plaza, de todas partes pedían provisiones de boca; los proveedores instaban, y el Gobierno sin recursos y ya sin tiempo para proporcionarlos, sólo se ocupaba en cómo alimentar al militar.

Los perros, los gatos, los burros, los caballos, las hojas de parra, los bledos, las verdolagas, y todas las demás yerbas y raíces hasta entonces no usadas para el alimento del hombre, estaban consumidas y arrasadas. El Hospital militar, con más de 500 enfermos que tenía, con los sirvientes y empleados de más precisa dotación, consumía, sin otra clase de alimento que sopa y mazamorra, dos barriles de harina diarios. La población perecía de hambre. La edad primera, los bellos renuevos que levantaba la República en reemplazo de los que tenían la gloria de morir en su defensa, todos perecieron. Diariamente se enterraban 16, 20 y hasta 30 personas, sin otra enfermedad ni epidemia que la hambre, y sucesivamente fue subiendo el número de muertos, hasta que en 5 de diciembre se contaron 180 en solo la ciudad.

Bien sabido era que ningún padre de familia ni el más diligente, tenía provisiones para 15 días, porque en el espíritu de compasión, de amor fraterno y de mancomunidad generalmente establecido entre todos los habitantes de la plaza, el ver morir a los infelices era prueba evidente de no tener qué darles los más pudientes; pero a pesar de ese convencimiento y sólo porque no quedase medida por tomar, dispuso una visita domiciliaria de la que resultó el último desengaño. Pidiéndose al vecino que

algo tenía y dando por libras y hasta por onzas la harina y el bacalao con ayuda de cueros, se pudo conservar la plaza de Cartagena hasta el funesto día 5 de diciembre, en que el Gobierno convino (bien a pesar suyo y por un general convencimiento) en su evacuación.

No será posible omitir la relación del memorable día 30 de noviembre, en cuya madrugada fue segunda vez bombardeada la plaza. Tres faluchos enemigos, situados frente al baluarte de Santo Domingo, rompieron los fuegos a las tres y media de la mañana, y a las diez y media del día lo suspendieron, habiendo introducido en la ciudad 299 bombas y balas que con una que se les incendió a la salida del obús o mortero, se completaron los 300 tiros que hicieron. Y era tal la serenidad con que se veían cruzar las balas y hacer su explosión las bombas que las puertas de las iglesias se abrieron a sus horas por ser día festivo, los sacerdotes concurrieron como siempre a celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, y salían con tanta presencia de ánimo como el más aguerrido soldado. En el monasterio de Santa Teresa cayó una bomba y pasó el tejado y piso del coro, pero no turbó la devoción en las mujeres, ni se interrumpió la misa que oían. Tal cual edificio sufrió aquel día, siendo perdidos easi todos los 300 tiros del enemigo.

No fue necesario disponer ni publicar la evacuación de la plaza, sino sólo permitirla. Tan general y uniforme era el convencimiento de la necesidad de esa medida, que dar orden el gobierno en el muelle y arsenal para que no se estorbase el embarco de los que no fuesen veteranos, y comenzar a salir gente en los botes y piraguas, fue todo uno. Muchos días hacía que las ideas de emigración se habían esparcido y fijado hasta en los más decididos

patriotas. Cómo conseguir un pasaporte para Ultramar, era desde fines de octubre la afligida meditación de algunas personas de poco valor; se trazaban y proponían planes para la salida de buques, pero sin poder ocultar el doble fin de irse en ellos los proyectistas; cada cual pensaba en su seguridad individual; porque la miseria y el hambre, estampadas en los semblantes, daban tristes alaridos por todas partes, amenazaban la disolución de la plaza y el rompimiento de los lazos sociales que nos unían.

Entre tanto el gobierno, los jefes militares, los empleados, los ciudadanos de carácter inspiraban confianza, disipaban las sospechas de una salida repentina, restablecían la serenidad y ofrecían una emigración general para los comprometidos resueltos a no vivir jamás con los tiranos.

Así fue que apurados los recursos hasta el último extremo del sufrimiento, del valor, del heroísmo, y de la constancia, después de haber oído el Gobierno en Junta de Guerra el voto del Estado Mayor del Ejército, falló una pronta emigración cuando ya habían muerto las dos terceras partes de la guarnición; cuando casi no había soldado ni oficial que no estuviese hinchado o enfermo por efecto de los malos y escasos alimentos; cuando no había arbitrio para esperar por más tiempo la llegada de algún buque con víveres; cuando ni su feliz arribo era ya suficiente para conservar más tiempo la plaza, pues necesitábamos además de víveres, hombres que los consumiesen; cuando el valiente Comandante del cerro de La Popa, Coronel ciudadano Carlos Soublette había protestado al Gobierno no responder de aquella fortaleza por su corta y enferma guarnición, aunque sí defenderla hasta morir; cuando en iguales términos se había explicado el Teniente-Coronel ciudadano Luis Rieux, Comandante del castillo de San Felipe, y

casi todos los demás Jefes del recinto, por las deserciones que estaban experimentando, aunque ninguna al enemigo y sí a los montes en solicitud de alimento; cuando no había finalmente fuerzas físicas con qué defender la plaza, y las morales estaban debilitadas por estar luchando la filosofía y el amor a la libertad contra la hambre extrema, enemigo poderoso que todo lo vence; entonces fue cuando el Gobierno, viendo apurado el cáliz de la amargura, dando una mirada sobre la inocente población, y haciendo justicia a los valerosos defensores de Cartagena, tan expuesta a la cuchilla española si su cobardía alentada con el informe de su mal estado, los atacaba por los puntos descubiertos, resolvió evacuar la plaza, salvando en una honrosa retirada los posibles pertrechos de guerra, los buques del Estado, las vidas de los guerreros, la honra de la República y la gloria de las armas de la Confederación.

En efecto, los republicanos de Cartagena salieron marchando por frente del enemigo, rompiendo su línea y batiéndolo con la firmeza más heroica que hasta la era presente refiere la Historia. Algo diremos primero del orden admirable con que se verificó la emigración de más de 2.000 personas de ambos sexos, y después verá el mundo político el contraste más lucido y bello del valor y de la cobardía, del coraje de los republicanos y del opróbio y la ignominia de los subalternos de la tiranía.

Once buques capaces de remontar la mayor parte armados, sirvieron de transportes a la emigración. Los Jefes militares dejaron una corta guarnición. A nadie se forzaba a seguirlos; al que quería emigrar no se le impedía. En todo el día 5 se estuvieron embarcando con ligeros equipajes y con los cortos víveres que cada particular tenía o podía conseguir de los que se quedaban. Cada Jefe militar,

cada soldado era un celoso conservador del orden. La tranquilidad reinaba en las calles y plazas; una sola voz descompasada no llegó a oídos del Gobierno. Todos lloraban la pérdida de la plaza, pero sufocando los ayes en lo más interior del pecho. Todos caminaban al muelle, pero con paso firme y sereno. A las dos de la tarde estaba sola y desierta la ciudad más populosa. Los prisioneros de guerra, muchos en número de todas clases y graduaciones, estaban por precaución asegurados, pero respetados en su situación indefensa.

A las 5 de la tarde comenzó a clavar la artillería por el oriente de la plaza el jefe de día, y a desfilar la guarnición por la derecha del muro. A la misma hora llamó el gobierno a su palacio a los brigadieres Esquiaqui y Anguiano, y mandó al Secretario de la guerra para que acompañase al Reverendo Provisor Gobernador del Obispado. Reunidos los tres, y puestos en ceremonia, lea arengó manifestándoles los grandes fines de su convocatoria. Les llamó la atención al orden admirable que se observaba en toda la ciudad, en una gran familia que por necesidad iba a dividirse en intereses y sentimientos. Les hizo comprender la resolución de los republicanos de abandonar en aquella noche la plaza, no por miedo ni por temor del enemigo a quien iban a hacer en la salida el último desafío; sino por no estar a su alcance suplir más tiempo la absoluta falta de víveres.

Les indicó sus intenciones de dejarles encargados de un gobierno provisorio, luego que se acabase de embarcar con los jefes y tropas para que aquel pueblo virtuoso y digno de mejor fortuna no cayese en las fatales consecuencias de la horrorosa anarquía. Les recomendó con un amor paternal los miserables restos de aquella población inocente que por

el imperio del hado iba a gemir bajo el yugo de los tiranos; y por último, les entregó original un oficio que en aquella misma fecha había pasado el general Morillo, para que sacando de él todas las ventajas a que daba lugar la impericia, la inacción, la cobardía e ignorancia del enemigo, lo contestasen, pues los verdaderos republicanos, llevando la divisa de vencer o morir, iban a reponerse de sus actuales necesidades, a reforzarse para volver con mayor ímpetu contra sus enemigos.

Concluido este acto y reunida poco después bajo de Palacio la tropa que guarnecía las murallas, salió por las puertas el gobierno con su comitiva, dirigiéndose al arsenal. Al mismo tiempo se clavó la artillería de San Antonio y Rebellín, o de la ciudadela de la plaza, la de La Popa y de San Felipe, y sus guarniciones bajaban a los puntos de reunión dispuestos por los jefes militares, cuyo celo, vigilancia y actividad fueron en aquella noche más que nunca infatigables, distinguiéndose por la naturaleza de sus bien desempeñadas funciones el general ciudadano Francisco Bermúdez y el mayor general ciudadano Mariano Montilla.

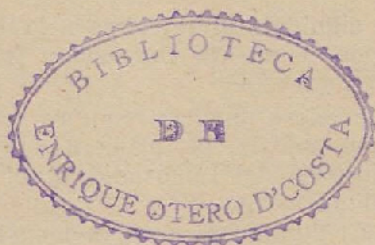
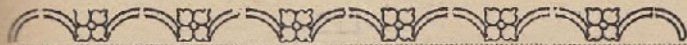
Una fuerte brisa no había dejado venir de Castillogrande los botes de los buques, y en 13 piraguas, alistadas por el Comandante de marina, se embarcó la gente, siendo los últimos el Gobernador y los Jefes militares de más alto rango y confianza. Las once de la noche serían cuando dejamos la tierra, ese suelo patrio querido, y todavía se nos quedaban como 50 o 60 hombres armados, por los cuales fueron al instante. La calma sucedió al viento favorable, la noche estaba avanzada, teníamos que recoger a bordo la gente de Bocachica, y así, se resolvió no salir aquella misma.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, se dio la señal de hacernos a la vela, o mejor diremos de atacar al enemigo. Este tenía tomadas y fortificadas en el canal para Bocachica las más ventajosas posiciones. Tenía en Cocosolo una batería con 4 cañones, y 2 al lado opuesto en Caño de Loro con tres piezas, cada una auxiliada de 12 faluchos y 10 bongos, todos con piezas de 16 hasta 24.

Los fuegos se cruzaban y por medio de ellos rompieron nuestros buques correspondiendo los armados. Cortas averías se tuvieron, y murieron unas mujeres de un balazo que penetró a la cámara de una de las embarcaciones; pero forzado al fin el paso, y queriendo los buques enemigos dar caza a un pequeñísimo falucho de mal andar volvimos sobre ellos, en las goletas *Republicana* y *Constitución*, la comandanta, los batimos y los hicimos retirar vergonzosamente bajo sus baterías.

Una larga mansión se hizo en Bocachica mientras se reconocieron los buques, mientras se repararon en lo pronto de su avería, y se embarcó la gente con las provisiones que allí había. Las dos de la noche eran cuando se acabaron de evacuar aquellas fortalezas, con las mismas formalidades y seguridades que la plaza, y resueltos a batir la Escuadra enemiga nos pusimos en marcha. Acaso parecerá exageración importuna o depresión odiosa del mérito del enemigo; pero se habla al frente de muchos que pudieran desmentir, y no nos atreveríamos a decir sino con una pura verdad acrisola, que los buques enemigos cuando los creíamos en expectativa y asechanza, los nuestros, situándose retirados de la boca del puerto, nos echaron luces en las cámaras para que siendo avistados usásemos la prudencia de no tropezar con ellos.

MEMORIAS DE DUCOUDRAY



Libro raro y poco conocido de la generalidad de los cartageneros, a quienes en parte interesa, es la Historia del Libertador, escrita por el general francés Ducoudray Holstéin, defensor de los castillos de Bocachica durante el memorable sitio de 1815.

La obra fue publicada en 1829, en vísperas del fallecimiento del Padre de la Patria. Por lo documentada y anecdótica, mereció ser traducida al inglés y al alemán, a poco de haber sido conocida en el idioma del autor de ella. Esta popularidad, más que al estilo del escritor, vulgar e incorrecto, fue motivada por falta, en aquellos días, de noticias precisas sobre los hombres que escribieron en América la segunda parte de la Iliada.

Al traducir de la edición de Boston para estos recuerdos del sitio de 1815, el capítulo que se refiere a Cartagena, guíanos únicamente el deseo de que se conozcan pormenores —tergiversados o no— narrados por quien en esa época estuvo entre nosotros al servicio de la causa de la libertad.

Cauto ha de ser el lector al tomar nota de lo que dice Ducoudray, y no dejarse impresionar por lo que refiere y afirma en el libro mencionado. Don Manuel Segundo Sánchez, en el libro que publicó con el título de *Biografía venezonalista*, del que nos dedico un ejemplar, que le agradecemos altamente,

dice lo siguiente al referirse a la HISTORIA DE BOLIVAR, por el general Ducoudray Holstéin:

«Minucioso análisis requiere esta obra que, por haber sido una de las primeras consagradas a narrar la historia del Libertador, tuvo acogida no abonada por su mérito.

Las calumniosas aseveraciones del autor fueron por muchos historiadores irreflexivamente repetidas, y puede asegurarse que el mayor número de ellas se originaron de este libro inexacto y parcial. Su mismo traductor francés— a cuya edición se referirán estas apostillas—paró mientes en ello cuando escribe:

«Acaso los lectores se sorprendan de que el general DUCOUDRAY HOLSTEIN no pinte siempre con favorables colores a este Grande Hombre, que la Europa liberal colocó en vida allado de Washington. El propio autor expone con franqueza los motivos de su severidad. Informes que se nos transmitieron después de la muerte de Bolívar, nos permiten rectificar algunos de estos juicios, viciados de parciales.»

Sábese que DUCOUDRAY HOLSTEIN fue despedido de los ejércitos franceses antes de la caída del Imperio.

En América sólo en dos coyunturas sirvió a la causa de la Independencia: en Cartagena, 1815; y en 1816, durante la célebre expedición de Los Cayos hasta Carúpano, donde el Libertador le dio de baja.

Quizás a esto se deba la razón de su enemiga. Oficial teórico, sin talento, de los que creen saberlo todo, y a quienes una falsa erudición hace, no ya inútiles, pero estorbosos, DUCOUDRAY HOLSTEIN no prestó en aquellos días ningún servicio militar apreciable. Además, en Carúpano debió de cometer alguna falta grave, pues él mismo confiesa que en

casa de Brión, como tratase de saludar a Bolívar, éste le dijo: No doy la mano a quien merece ser fusilado incontinenti (t. I, p. 333); lenguaje que jamás usó con ninguno de tantos hombres meritorios como se le acercaron; lo cual corrobora el escritor en la siguiente frase: «Bolívar adquirió, por lo menos, en sus viajes, gran práctica del mundo y maneras pulidas y corteses» (t. I, p. 11).

Recogió DUCOUDRAY HOLSTEIN en su libro, durante las horas de vagar que le permitían las lecciones de piano que daba, cuantos erróneos juicios, falsos informes y calumnias propalaban los realistas, a quienes la revolución arrojó del Continente a las Antillas.

La diatriba dio, sin duda, interés a sus páginas; pero sus narraciones militares, tergiversadas y por ende poco verídicas, están pregonando a derechas que no tuvo otras fuentes para su historia.

Así, porejemplo, da como descripción de la batalla de San Mateo, la de La Puerta (15 de julio de 1814) (t. I, p. 161). Ignora la persecución que se le hizo a Boves después de la rota de Bocachica, batalla que omite; y, en cambio, inventa una, ganada por Piar en la Guaira (t. I, p. 163). Hace cargos que prueban su desconocimiento absoluto de los hechos, cuando asegura que los realistas no fueron perseguidos, después de la primera Carabobo (t. I, p. 165), pues es harto sabido que la persecución fue tenaz y llevada por Urdaneta demasiado lejos.

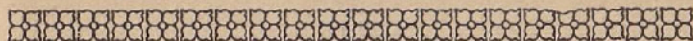
Dice que Ribas fue el vencedor en Taguanes, cuando éste no se encontraba en el combate que ganó Bolívar.

En suma, pocas son las páginas en que no incida en yerros que urge rectificar; pero tarea semejan-

te se compadecería mal con la índole de estas acotaciones meramente bibliográficas.

La obra, por lo demás, es rica en anécdotas, inventadas o torcidas para hacer fisga del Libertador. Refiere que éste entró en Caracas el 6 de agosto de 1813, de pies, en un carro triunfal tirado por hermosas damas, cuando vino caballero en su mula de viaje. Sensible es que Mancini hubiese repetido tal conseja. Más adelante asevera que Bolívar formó una guardia, para custodia de su persona, con el título de *Guardia de Corps*; que malgastaba el tiempo echado en un sofá, oyendo narrar cuentos, él, que no se dio punto de reposo en su libertadora empresa; que los nombramientos militares se hacían al querer de sus favoritas; y así lindezas por el estilo.

Esta obra, pues, no puede leerse con provecho sino conociendo a fondo la historia, para apartar cuanto es hojarasca y escoger tal cual noticia y alguno que otro episodio. En este caso se hallan el relato de la expedición de Los Cayos y la inserción que hace de la Memoria que hicieron publicar Bolívar y Mariño en la Gaceta Oficial de Cartagena, el 30 de septiembre de 1814, a su llegada a dicha ciudad, después de los sucesos de Carúpano; Memoria que, por lo claro de la exposición y la exactitud de las apreciaciones respecto al estado militar de los patriotas, es visiblemente obra de Bolívar.*



Después de haber señalado las consecuencias de la partida de Bolívar de Venezuela, en 1814, y su embarque en Cartagena en 1815, daremos cuenta de lo que pasó en esta última provincia, en ausencia del general Bolívar, y cómo fue que volvió después de estar en Kingston durante ocho meses. Pero para la buena comprensión de los hechos siguientes, será necesario hacer una corta reseña de la situación de ambas provincias, (Venezuela y Nueva Granada), en las épocas en que Bolívar partió, primero en 1814 y después en 1815.

La situación de los patriotas en Venezuela no era tan desesperada, como el dictador Bolívar la había representado, cuando se embarcó en Cumaná en la noche del 25 de agosto. No había ninguna razón, como él decía, para dejar el campo de batalla y refugiarse en Nueva Granada y desertar la causa de su patria. Para convencer al lector de que ésta fue una deserción precipitada del dictador, entraré aquí en algunos detalles.

Es verdad que la mayor parte de las 8 provincias de Venezuela quedaba en poder de los españoles, después de la victoria de Boves, La Puerta (junio de 1814); pero no estaban completamente subyugadas, ni sus habitantes estaban en favor del gobierno español. Los venezolanos comprendieron bien claro que habían sido seducidos por las brillantes promesas de su paisano Bolívar; que éste no había satis-

fecho sus esperanzas y que había obrado de manera arbitraria y tiránica; pero, sin embargo, estaban convencidos que un congreso, un gobierno serio y republicano, les podría ofrecer existencia más feliz que las crueldades de Monteverde y sus subalternos, Boves, Morales, Puy, Rosetta y otros de igual categoría. El solo nombre de independencia y libertad, era poderoso imán que tenía una grande atracción para que se abandonara tan precipitadamente. Las crueldades y vejaciones de los españoles no les otrecían seguridad ninguna, no les quedaba más recurso que empuñar las armas de nuevo y expulsar a sus opresores o morir. Si Bolívar, pues, hubiera seguido el sabio consejo de su primo Rivas, de quedarse en Venezuela y sufrir la deserción de su colega Mariño, todos hubieran rodeado el estandarte del dictador; todos hubieran tenido un punto central, un solo jefe que hubiera dado a cada una de las columnas dispersadas unidad de acción, fuerza combinada y buen éxito final.

El General Bolívar, amigo del Gobierno central, que había declarado en sus últimas proclamas que el poder militar era el único que podía soportar un Gobierno libre y civil, se olvidó seguramente, en la noche del 24 de agosto de 1814, en mayo de 1815 y en julio de 1816, de su principio favorito, pues de otro modo se hubiera quedado en Venezuela, hubiera unido sus dispersadas fuerzas, hubiera peleado y hubiera muerto como héroe en el campo de batalla; pero el general Bolívar *no nos enseñó* estas brillantes cualidades.

En lugar de Bolívar y Mariño, vemos a Rivas, Piar, Paez, Urdaneta, Villapol, Yarasa, Sedeño, Monagas, Rojas y muchos cientos de bravos jefes que darse en su país y pelear por su libertad e independencia. Estos jefes continuaron molestando a los

españoles con tan buen éxito, sin el general Bolívar, que estos hubieran tenido que desocupar a Venezuela, si Morillo no hubiese llegado a tiempo para sostener en su agonía, la causa de la opresión y la tiranía.

Muchos de estos jefes, a quien yo conozco personalmente, me han asegurado que si Bolívar se hubiera quedado los sucesos hubieran marchado mejor. Todos sentían la falta de unión y autoridad que estaban acostumbrados a obedecer.

Además, ocho de las provincias de Venezuela, la isla Margarita, habían conservado su independencia desde el principio de la revolución, y muerto como unos 2.000 hombres de la mejores tropas de Morales, que, a principios de 1815 trataran de subyugar esta pequeña isla habitada por un puñado de bravos, industriosos y resueltos hombres, los que pusieron después fuera de combate a cerca de 3000 hombres de las mejoras tropas de Morillo. Esto solo puede dar una prueba de que la causa de la libertad en Venezuela no era tan desesperada como Bolívar aseguró.

Los habitantes de Margarita tenían sus émulos en los hartos conocidos *Haneros*. Estos se mantenían en continua guerra con los españoles y peleaban al mando de Páez, Yarasa, Sedeño, Rojas y Monagas sus jefes favoritos, con valentía y celo que les hacían mucha honra.

Morillo, con los 10.000 soldados que trajo, hizo grandes males. Arruinó el país, tomó el pomposo título de *Pacificador* y fue la causa de la muerte de cientos de hombres. Cuando todo estaba perdido para su causa partió dejando un jefe sin espíritu, harto conocido por cobarde, el doctor Miguel de la Torre.

Morillo dividió sus fuerzas en tres grandes divisiones, de las cuales destinó una a actuar contra Bogotá y el interior de Nueva Granada, otra a sitiarse a Cartagena, y la última a reforzar las tropas españolas en Venezuela.

A fines de agosto de 1815 llegó el escuadrón español a la vista de Cartagena y Bocachica.

El general Castillo, después de la salida de Bolívar para Jamaica y la de Palacios para Turbaco, obró con maldad y despotismo en Cartagena, donde no hizo ningún esfuerzo para poner la plaza en condiciones de defensa:

Desde el 15 de enero de 1815, día de su entrada a Cartagena, a la cabeza de una parte de su ejército, acabó con la facción de los Piñeros, se quedó quieto en su grande y bella residencia, dentro de las murallas de Cartagena, y no apareció más al frente de sus tropas. Se ocupaba en fiestas y reuniones; se casó con una joven y hermosa mujer, con quien vivía al lado de su hermana; generalmente no salía de su casa de habitación, por lo que se le veía muy rara vez; recibía a sus subalternos de una manera brusca; arrestaba injustamente a los comandantes, entre ellos el comodoro Aury y al general Francisco Palacios, y por fin se enemistó con otros muchos de ellos.

Entre estos estaba el general Ducoudray Holstein, de quien estoy obligado a hablar más de lo necesario, si se tiene en consideración que lo que relato es una pintura característica de los jefes de *Tierra firme*. (1)

(1) En español, como está en el original, y cualquiera otra frase o palabra escrita en letra bastarda en la presente narración.

Desde el día en que el general Ducoudray Hols-tén tomó temporalmente el mando de la legión extranjera, durante las sesiones de la legislatura, el General Castillo cambió enteramente en sus maneras para con él. Enmudeció, se entibió y enserió con nosotros. Cuando salíamos juntos a caballo, lo que sucedía casi todas las tardes, estaba silencioso y triste; y cuando la preguntaba la razón de ello, me decía «que él no tenía ningún motivo para estar así». Observé este cambio y no quise salir más con él. Supe después que tenía celos de mí por la ascendencia que ejercía yo sobre los extranjeros, y supe también que quería verme alejado de su camino, por lo que se negaba a seguir muchas de mis indicaciones tendientes a introducir mayor orden y disciplina en el ejército, así llamado, de Cartagena, el que contaba con menos de 2.000 hombres.

Fui, pues, nombrado Comandante en Jefe de los 4 fuertes de Bocachica, los cuales encontré en deplorable situación. Llegué de noche, sin ser esperado, y cuando desperté al despuntar el día, llegó a saludarme un hermoso joven, bien vestido, el cual se me acercó de manera respetuosa y me dio la bienvenida, diciéndome que el informe del comandante en los fuertes era que no había nada digno de mención.

Yo vivía en una casa grande y bonita, llamada la «Comandancia», a cierta distancia de los fuertes y a la entrada del pueblo nombrado Bocachica. Este joven era nada menos que el primer sirviente de la comandancia, quien me dijo después que los anteriores comandantes de estos fuertes tenían la costumbre de recibir de él, Lucas, todas las mañanas, el informe del castillo. Admirado de tan vergonzoso modo de servicio, hice comparecer a los cuatro comandantes de estos fuertes, esto es, al mayor y

a los oficiales, y establecí orden y disciplina, lo que había sido descuidado. Supe que los oficiales de guardia dejaban el servicio al cuidado de un sargento y se iban al pueblo donde pasaban toda la noche.

Cuando Bolívar se aproximaba a Cartagena, surgió el problema de si se podía confiar en mí y dejarme como comandante en jefe de una estación tan importante como estos fuertes, magníficamente situados, a la entrada del puerto de Cartagena, a 12 millas de la fortaleza.

Algunos decían que yo podía estar a favor de Bolívar y entregarle estos fuertes; pero la mayoría tuvo fe en mí y expresó la confianza y seguridad de que yo sería fiel al cumplimiento de mis obligaciones y de que era oficial de honrosos antecedentes.

Se proclamó la ley marcial en Cartagena, donde comandaba Castillo, y en Bocachica donde yo había reunido los tres poderes.

Como la guarnición de los cuatro fuertes era muy escasa y no podía hacer servicio de campo, reuní los habitantes de las islas que están cerca de Bocachica: Barú, Pasacaballos, etc., les hice ver en una corta y patética arenga la situación en que nos había puesto el ataque hostil del general Bolívar, y les hablé de la necesidad de refugiarse, con sus familias, en los fuertes, y prestar el servicio militar, como milicia, prometiéndoles al mismo tiempo que ninguno de ellos sería obligado, (como era de uso común,) a prestar el servicio marino; les dije, además, que serían armados y alimentados a expensas del gobierno. Consintieron unánimemente, y reuní como 1.500 jóvenes y valientes soldados más, los cuales organicé el mismo día en diferentes cuerpos y compañías. Formé una compañía de 150 muchachos de 10 a 15 años de edad, que me prestó gran servicio.

Se establecieron ejercicios regulares con rifles y cañones, se atendió a la distribución de las raciones, se abrió un hospital, se organizaron tribunales militares, se sistematizó la marina que contaba con unos 15 buques armados, se repararon las fortificaciones, se estableció el arsenal y se organizaron compañías de trabajadores, pescadores, etc., etc. En el castillo todo era actividad, celo y orden: por lo que muchos extranjeros, testigos de lo que pasaba en Bocachica, estaban sorprendidos al presenciar la disciplina que allí reinaba, cuando en Cartagena todo estaba en pañales.

Un domingo, estando en misa, observé gran movimiento en la congregación, y en medio del servicio divino todos los hombres y muchachos corrieron fuera de la iglesia. Sorprendido, envié un oficial a inquirir la razón de lo que sucedía. Regresó éste y me informó que el comandante de la matrícula había llegado de Cartagena con el propósito de llevarse varios marinos, y que tan pronto como oyeran que el coronel Márquez venía, huyeron a las montañas temiendo ser reclutados.

Me propuse inmediatamente hacerles ver que yo era hombre acostumbrado a cumplir mi palabra habiéndoselas dado de que los protegería contra cualquier servicio de esa naturaleza.

Di orden de buscar al Coronel Márquez y al mismo tiempo ordené a los habitantes que regresaran y se reunieran, sin armas, frente a mi casa. Allí, en presencia de ellos, pregunté al coronel qué clase de misión traía y por órdenes de quién venía. El coronel señaló una orden del brigadier-general Eslaba y el general Castillo, para escoger en Bocachica hombres de los cuales tenía gran necesidad para emplearlos en la marina de Cartagena. Le di-

je que sentía mucho no poder consentir en la ejecución de tal orden, porque había dado mi palabra de que ninguno de los habitantes de Bocachica sería sacado de ésta durante sus servicios en los fuertes. Escribí inmediatamente al general Castillo y a don Juan de Dios Amador, Gobernador de la Provincia, los motivos de mi negativa y la necesidad de ser fiel a mis promesas para inspirar confianza a la tropa, necesaria en guerra civil.

Despaché al coronel Márquez, quien trató de hacerme varias proposiciones que ni podía ni debía escuchar; pero como persistiera, me vi obligado a decirle en tono de autoridad que si no se embarcaba en el término de cinco minutos, lo arrestaría y lo mandaría preso a uno de los fuertes. Saqué el reloj y dí las órdenes, necesarias para poner en ejecución la amenaza hecha. Esto tuvo el efecto deseado y el coronel regresó a Cartagena sin un hombre.

Cuando los habitantes vieron cómo los protegía, aumentaron su confianza en mí y redoblaron su celo. El siguiente es un ejemplo de esta confianza:

El gobernador me escribió una carta privada muy satisfactoria, en la que me decía que aprobaba mi celo y mis buenos servicios, la cual carta terminaba con la petición de 200 buenos marinos para una expedición extraordinaria contra unos barcos españoles que estaban en la Habana, listos para hacerse a la mar, con millón y medio de dólares que él deseaba detener. Le respondí que podía darle 300 y más sin ninguna dificultad. La escuadrilla de 5 barcos armados llegó unos días después al mando del comodoro Tono, de Cartagena a Bocachica. La consecución de las provisiones necesarias, agua, etc., nos ocupó todo el día. Dí un almuerzo y un baile al que se invitó a los oficiales de la escuadrilla y

de los fuertes. La primera pregunta de Tono fue si ya los marinos estaban listos y si habían sido escogidos por mí. Le respondí, que no. Tono se quedó perplejo, y estuvo toda la noche muy inquieto. Durante el baile, como a la una de la madrugada, se me acercó con cara muy triste y taciturna para preguntarme si ya había dado las órdenes necesarias para embarcar los marinos. Le contesté otra vez con enérgica negativa, agregando que yo no lo detendría un solo minuto. Al amanecer, Tono y yo dejamos la sala de baile y nos embarcamos para el fuerte principal donde mandé que se disparase el cañón de alarma. Poco después todos estaban en sus puestos. Ordené que los marinos, sin excepción, de los otros tres fuertes, vinieran a San Fernando, y allí les comuniqué que el gobierno tenía necesidad de ellos para embarcarlos durante un mes, y que había dado mi palabra de que ellos consentirían voluntariamente en prestar el servicio deseado por tan corto tiempo. Recibieron mi arenga con aclamaciones de *vivas a la patria*, y dijeron que estaban listos para embarcarse.

Tono y todos los oficiales de la escuadrilla estaban sorprendidos y podían a duras penas creer lo que habían visto. Le dije que escogiera los mejores marinos y cada uno de ellos se embarcó alegre.

Quando el general Castillo oyó lo que pasaba en Bocachica, se puso celoso e inquieto. Vino un día a visitarme y después de haber comido conmigo, me preguntó cuántas raciones de pescado se daban diariamente. Contesté, *tantas*. Me dijo entonces de modo altanero: «*eso no es suficiente, señor; debe usted pescar más*». Le hice ver lo ridículo de tal pretensión, diciendo en tono sarcástico que yo era el comandante en jefe de los fuertes, pero no de los pescadores en el mar, y que yo no podía mandar a es-

tos que fueran tan buenos que llenaran nuestras redes. Todos los presentes rieron de mis respuestas, excepto Castillo; se levantó con furia, tomó su espada y me dijo que pronto oiría hablar de él. Dio un paso hacia afuera y ordenó al oficial de mi misma guardia que me arrestara y después, volviéndose a mí, dijo que me haría juzgar por una corte marcial, por haber desobedecido sus órdenes.

Oída estas palabras, me puse el uniforme y tomé mi espada, y, en su presencia, mandé a la guardia presentar las armas. Entonces les pregunté quién mandaba allí, si Castillo o yo. Como el general hacia mucho ruido y hablaba en alta voz, gran número de oficiales y civiles habían rodeado mi casa y todos gritaban junto con la guardia: «*viva nuestro Comandante en jefe, nuestro padre, y muera Castillo*». El general se puso pálido, y me dijo con voz temblorosa que esperaba que yo no lo dejara asesinar. Inmediatamente ordené silencio, y dije a los rabiosos soldados, que habiendo venido el general Castillo de visita, yo y ellos no consentiríamos en amargarla la hospitalidad que se le había ofrecido y que el general se embarcaría inmediatamente para Cartagena, de donde había llegado. Así terminó este ridículo incidente. Castillo me dio la gracias de todo corazón, cuando lo embarqué en su bote, salvo y sin haber sido insultado.

Pero mis oficiales y los de Cartagena estaban ya cansados de su tiranía, y una noche se presentaron a mí tres oficiales del más alto rango, venidos de Cartagena a Bocachica, y me pidieron ayuda para arrestar a Castillo y ponerme a la cabeza de las tropas. Rehusé inflexible a aceptar el mando de Cartagena, pues estaba satisfecho con el que ya tenía; pero consentí en derrocar a Castillo, por consi-

derarlo indigno, por su apatía y mala administración de mandarnos por más tiempo.

Después de la negativa de otros tres jefes; se confirió el mando al Coronel Bermúdez, quien pertenecía al ejército de Bolívar. Bermúdez arrestó a Castillo, pero antes hizo dar muerte al capitán Céspedes, jefe de la guardia situada a la puerta del palacio del general Castillo, porque había tratado de resistir. Esta crueldad con un joven oficial que cumplía con su deber, fue innecesaria, pues Bermúdez disponía de fuerza superior, y era suficiente para hacer presión sobre el Capitán y los soldados, que no pasaban de veinte.

Los amigos de Bermúdez le aconsejaron que se hiciera elegir dictador durante todo el tiempo del sitio. Se convocó un consejo de guerra para el 16 de septiembre, al que fui invitado; pero yo mandé en mi lugar al Coronel Sata y Busy, ex-jefe de Estado Mayor del ejército de Miranda en 1812, y quien servía a mis órdenes. El siguiente informe me fue dado por él:

La sesión del Concejo fue solemne y concurrida. Después que varios oradores demostraron la necesidad de que se nombrara a Bermúdez temporalmente dictador para poder de esa manera unir las fuerzas, éste se ponía ya de pie para dar las gracias y expresar su agradecimiento, cuando fue interrumpido por un caraqueño llamado García de Sena, encargado provisional de la secretaría del departamento de guerra. Este señor habló con tal vehemencia contra esa medida, que Bermúdez, lleno de confusión, no se atrevió a decir una sola palabra más, debilidad de jefe, que, en momentos de peligro para el bienestar público, produjo impresión desfavorable en el ánimo de los demás jefes, que habían

tenido opinión más elevada de Bermúdez. Desde entonces y cuando Morillo sitió la plaza, el comandante de Cartagena obró con desidia en lo referente a tomar enérgicas medidas para proveer la plaza de lo más indispensable. No demostró energía, ni actividad ni talento. Se dedicaba sólo a los placeres, lo que dio por resultado que las epidemias se generalizaran y agravaran la situación. La ciudad estaba llena de enfermos y agonizantes que morían por falta de alimentos. En vano le hicieron saber algunos que los numerosos amigos de los españoles en Cartagena, tenían depósitos de harina, arroz y otras provisiones; no hizo nada para inspeccionar los lugares que se le indicaban. Esto es tan cierto, que dos horas después de la entrada de las tropas de Morillo a Cartagena, se vendía públicamente, en calles y plazas, pan blanco trabajado con la harina en referencia.

En tiempo de guerra es cuando se han de tomar las mayores precauciones para con los empleados de las oficinas públicas. Estos deben de ser hombres virtuosos y adictos. Es hecho notorio que la mayoría de las oficinas más importantes de Cartagena estaban llenas de españoles o de enemigos secretos de la causa de la independencia. Hé aquí algunas pruebas de lo dicho:

En septiembre de 1815, durante el sitio de Cartagena por Morillo, conocí a un mariscal de campo, español, a quien la República pagaba la mitad del sueldo desde el principio de la revolución, y a quien no se molestó durante todo el sitio de Morillo. Su nombre era don Francisco Esquiagua, (Esquiaqui) nacido en Cataluña, y que a pesar de tener 75 años de edad era aún vigoroso y activo. Visitaba a muchas familias de influencia, y por ese motivo estaba al tanto de todo lo que pasaba en la ciudad. Este se-

nor daba a los españoles semanalmente cuenta detallada de la situación de la fortaleza.

A hombre tan peligroso se le dejó en libertad, mientras que a la viuda de un coronel español, una americana, se la hizo salir de Cartagena con sus dos hijas, porque dejó escapar algunas insignificantes palabras contra los jefes patriotas de Cartagena.

El segundo español era el brigadier general Antonio Anguiano, comandante de ingenieros.

Los otros eran el brigadier Eslaba, comandante de la marina; el jefe de Estado Mayor de la misma, capitán de un barco de guerra, A. M. Tono (¿Andrés Ma.); otros tres capitanes del mismo rango eran españoles y sin embargo estaban al servicio de la República; el jefe de las tropas de tierra, coronel Manuel Cortés, el mismo que propuso envenenar el aljibe de La Popa durante el sitio de Bolívar; el comandante en jefe de la artillería, teniente-coronel José Bossa, y el Mayor José Lear, con una docena de oficiales subalternos; el tesorero general Francisco Ferrer y su comisario doctor Juan de Dios Sotomayor, de manera que las finanzas de la República estaban enteramente en manos de los españoles y a su disposición; el intendente del ejército Antonio Céspedes; el Administrador de Aduana; el gran vicario, conocido con el título de *Padre Provisor*; doctor Bautista Sotomayor, el mismo que excomulgó a los masones en 1814.

Además de esta lista de españoles, casi todos bien remunerados por el Gobierno de la Provincia de Cartagena, muchos ricos comerciantes y también gran número de familias, y el clero, eran secretamente adictos a la causa de España y enemigos jurados del sistema republicano.

Tomás Bermúdez dictó medidas para cambiar estos oficiales españoles, la mayoría de los cuales

era de pública notoriedad que estaban a favor de España. Nunca libró la menor orden para hacer salir de la ciudad a todos los consumidores inútiles. Bermúdez era hombre ignorante, ambicioso e indolente, completamente dejado para comandar, en tan críticas circunstancias, una plaza de la importancia de Cartagena.

Al fin, hizo salir a algunos pobres diablos, los cuales me remitió con la recomendación de que los atendiera, lo que ocurrió demasiado tarde, cuando ya morían diariamente 340 personas en Cartagena.

Mientras Bermúdez obraba en Cartagena con apatía y debilidad, Ducoudray organizaba barcos armados para tomar de los depósitos del enemigo en las islas de Bocachica y Barú grandes cantidades de provisiones, formaba compañías de pescadores que, al amparo de estos barcos, cogían diariamente grandes cantidades de pescado; abastecía a Cartagena de provisiones; mandaba corsarios armados en busca de todo lo que se necesitaba, y daba, en el peligro y en las fatigas, ejemplo a sus tropas.

Miles de extranjeros, en esa época en Cartagena, afirmarán estos conocidos hechos, si algún día Bermúdez y los demás jefes mencionados en este relato llegan a negarlos públicamente y traten de calumniarme y borrar de esta manera la impresión de verdad, como el mismo Bermúdez, Carlos Soubllette y otros lo han hecho ya.

Desprecio tales medios y estoy seguro que la exposición de hechos, fecha y nombres en mi historia, y todavía más, el deplorable estado de los negocios en Colombia, mostrarán cuán miserablemente habían sido manejados los negocios públicos en este hermoso país, donde la naturaleza lo da todo para felicidad de sus habitantes.

Decía que yo siempre estaba listo para dar ejemplo de orden y sumisión disciplinaria y de exposición en el peligro.

Un día, por ejemplo, ordené una salida de 200 hombres del fuerte de San Fernando, para rechazar a algunos incendiarios del pueblo de Bocachica; pero no pude encontrar más de 20 voluntarios que quisieran seguir a cierto teniente coronel a mis órdenes, y en quien ninguno tenía la más mínima confianza. Cuando supe esto, me puse a la cabeza de la expedición, y fui inmediatamente seguido por más de 300 hombres. Pronto derroté al enemigo, el cual no volvió más.

Otro día, habiendo dado la orden de demoler una batería inútil e inservible, observé que más de 3.000 balas de cañón quedaban apiladas en el reducto. El Comandante de la artillería, coronel Tabora, me dijo que sus artilleros estaban muy ocupados en otros trabajos y que por consiguiente no podían llevar esas balas al arsenal. Inmediatamente dispuse que cada individuo que viniera al fuerte de San Fernando trajera, sin distinción de rango y persona, una de dichas balas. Supe que esta orden había sido recibida con general aprobación y que solamente tres oficiales de Estado Mayor dijeron que nunca la cumplirían por considerarla degradante para oficiales de su clase.

Cuando me impuse de sus nombres decidí hacerles ejecutar el mandato inmediatamente, como medida altamente necesaria en las presentes extraordinarias circunstancias. Envié a buscarles después de haber dicho al capitán de la guardia del puente colgante que no dejara pasar a ninguno, ni aun a

mi, que viniera al arsenal de San Fernando, donde yo había establecido mi cuartel general desde el sitio de Morillo, si no llevaba consigo una bala de cañón. Dije a estos tres oficiales que quería el consejo de ellos sobre algunas obras en las cuales se ocupaban los prisioneros españoles.

Habiendo ya pasado el puente con ellos, fingi haber olvidado unos planos y mandé dos de ellos a mi gabinete, diciéndoles que se los pidieran a mi secretario. Estaban de uniforme como yo, y con aire alegre atrevesaron el puente y pasaron por el lugar donde se encontraba el primer centinela; pero el segundo los detuvo y les preguntó, respetuosamente, si no conocían la orden general.

Contestaron que sí, pero que tal orden no les comprendía a ellos. El centinela les replicó que a ellos les alcanzaba como a cualquiera otro.

Como trataran de abrirse paso a la fuerza, el centinela presentó la bayoneta y llamó a la guardia.

Esto, por supuesto, produjo algazara, y en pocos momentos se reunieron varios cientos de personas con el fin de conocer la causa de todo. Me acerqué al grupo y pregunté la razón de la alarma del centinela.

El oficial de guardia me dijo que la resistencia de los dos coroneles a cumplir la orden dada era la causa de lo que ocurría. «Bien, caballeros, dije yo friamente, iré a buscar yo mismo mis papeles; pero como el Comandante de los fuertes ha dado la orden de que no se permita a ninguno entrar a San Fernando sin llevar una de estas balas al arsenal, las prudentes disposiciones del comandante deben ser respetadas y las obedezco con placer, desde el momento en que ellas se han dictado para el bienestar y la seguridad de todos nosotros».

Diciendo esto y sin darles la mayor reprimenda ni mirar a los oficiales, tomé una de esas balas enmohecidas y pasé la reja delante de toda la guardia en armas y en medio de la aprobación de todos los presentes, quienes cogieron cada uno una bala y me siguieron. Los oficiales, admirados y avergonzados, siguieron mi ejemplo, y desde entonces ninguno se resistió a obedecer una orden.

Podría relatar otros casos, pero temo hablar demasiado de lo mucho que hice en la fortaleza a mi cargo.

Observaré aquí que fui el último oficial que abandonó los fuertes, después de haber protegido la emigración, la que vino a ampararse bajo mis baterías en la tarde del 7 de diciembre.

En estos momentos, el capitán Luis Brión, que fue después almirante, llegó de Londres en una magnífica corbeta de 24 cañones, a bordo de la cual traía 14.000 rifles y gran cantidad de municiones de guerra.

Enformó y lo llevé a mi casa donde nuestra amistad terminó por hacerse íntima. Me hablaba continuamente del General Bolívar y se entristeció cuando supo que estaba ausente. Un día llegó de Jamaica un amigo íntimo de Bolívar, el doctor Rodríguez, hombre de maneras finas y francas, por lo cual simpatiqué con él. Hablaba casi siempre con Brión, pues los dos vivían en mi casa.

Cierto día,, encontrándome en mi gabinete, entró el capitán Brión y me preguntó si tenía un momento desocupado para oír lo que tenía que comunicarme. Respondíle que sí, y entonces me dijo que el doctor Rodríguez acababa de llegar de Cartagena donde Bermúdez, a consecuencia de su apatía, era generalmente mal querido; que se le acusaba de o-

cuparse más en placeres que de cumplir con su deber, por lo que no merecía el mando que se le había confiado; que Cartagena estaba por culpa de él en deplorable situación, y mil acusaciones más. Brión dijo, después de una pausa: «No conozco otro hombre más que Bolívar, entre todos estos jefes, que sea capaz de salvar la plaza; al menos tiene reconocida autoridad sobre todos ellos, y usted y yo podemos ayudarlo mucho. Espero que las desgracias que ha sufrido corregirán el carácter impolítico y altanero de él. El doctor Rodríguez me ha asegurado que ha cambiado completamente de carácter en Jamaica, y que está deseoso de regresar. El doctor vino aquí por orden suya, y desea ardientemente tener una conferencia con usted sobre el asunto, pues usted sólo es capaz de ayudarle y enviar por él.»

Después de cinco o seis conferencias entre Brión, Rodríguez y yo, se adoptaron las siguientes medidas a favor de la vuelta del general Bolívar. Como Ducoudray era de la entera confianza de todos los que estaban a su mando; como tenía, además, muchos amigos entre los nativos de más significación y entre los extranjeros de la ciudad de Cartagena, habló al doctor Rodríguez sobre la posibilidad de hacer regresar a Bolívar y ponerlo a la cabeza del Gobierno de Cartagena, en lugar del débil e indolente Bermúdez. Le pedí al doctor que fuera otra vez a Cartagena y sondeara discretamente el pensamiento de algunas personas a quienes le nombré. Volvió y encontró correctas mis observaciones. Me dijo además, que todas las personas a quienes había visitado durante su estada de tres días en Cartagena, le aseguraron que Bermúdez había perdido toda la confianza y toda la autoridad que se tenía de él, y que lo veían, con gran pesar, en íntimo

consorcio con mujeres que se sabían eran secretamente adictas a la causa española.

Bríón ofreció ir con las cinco corbetas a su mando a Los Cayos con el fin de conseguir mil barriles de harina, arroz y otras provisiones que pusieran a Cartagena y Bocachica en estado de soportar el más riguroso sitio. Mientras que encargué al barco corsario «La Popa», convenientemente armado, de la misión de ir a buscar a Bolívar a Kingston, comisioné al doctor Rodríguez para que pusiera una carta en manos de Bolívar.

Todo estuvo listo en dos días, y zarparon temprano, en la mañana del 11 de noviembre, en unión de otros tres barcos comandados por mí para buscar provisiones en toda la costa.

El doctor Rodríguez recibió instrucciones verbales de mí y de Bríón, ninguno más en Cartagena y en Bocachica tenía la menor noticia de lo que estaba pasando. La carta que escribí y envié al general Bolívar estaba en francés y el siguiente era el contenido:

«Querido general: Un viejo soldado de sentimientos republicanos, a quien usted personalmente conoce bien, y que sirvió contra usted, le invita ahora a venir y colocarse a la cabeza del Gobierno de Cartagena donde Bermúdez obra con debilidad y apatía. Me comprometo, por la influencia que tengo aquí en Bocachica y en Cartagena, a poner en ejecución el plan de derrocar el Gobierno sin derramamiento de sangre, por lo que empeño mi vida y corro todas las consecuencias. Al tomar esta medida extraordinaria, le aseguro sinceramente que no tengo otro interés que el de salvar la causa de la independencia, que está en peligro de perderse en manos del débil Bermúdez. Bríón es vuestro amigo

y a él debo la honra de conoceros íntimamente, de manera distinta a la que otros os habían retratado. El doctor Rodríguez, quien le entregará esta carta, le explicará todos los detalles concernientes a este plan; pero no pierda un minuto y venga inmediatamente en el mismo barco. El Capitán Pierrill, comandante de *La Popa*, tiene órdenes de traerlo a usted y a sus amigos a Bocachica.

Respetuoso s. s.,

(firmado) DUCOUDRAY HOLSTEIN.

Bocachica, noviembre 11 de 1815».

El General Bolívar se sorprendió mucho con la repentina llegada del doctor Rodríguez, y mucho más con mi carta y con los detalles comunicados a él por el doctor.

Bolívar manifestó alegría al recibir mi carta y no se demoró un día más en Kingston. Se embarcó la misma tarde con el doctor y dos ayudantes de campo y se dirigió a Bocachica a reunirse conmigo; pero estando ya en viaje se encontró con otro barco corsario cartagenero, el *Republicano*, capitaneado por Joanny, quien le informó que todo estaba perdido; que los patriotas habían evacuado a Cartagena y Bocachica, y que Ducoudray y las principales familias patriotas iban en 10 barcos armados al mando del comodoro Aury, todos rumbo a Los Cayos.

El General Bolívar cambió entonces de ruta y llegó a Los Cayos 10 días antes que nuestro escua-

drón, de donde partió para Puerto Príncipe, donde fue recibido cordialmente por el Presidente Alejandro Petión.

Seguramente se sorprenderá el lector que yo, decidido enemigo del general Bolívar en septiembre de 1814, hubiera cambiado repentinamente en favor de él, en noviembre de 1815.

Pero esto no es tan sorprendente cuando se consideran las circunstancias de mi delicada situación personal, en un lugar donde era extranjero, y lleno de entusiasmo por la libertad e independencia de ese bello país. Cuando llegué a Cartagena estuve por más de dos meses observando tranquilamente todo lo que pasaba antes de ofrecer mis servicios, de los cuales me encargué algunos días después de mi llegada.

Pero habiendo al fin consentido en servir como *Jefe de Brigada*, (coronel), en el Estado Mayor de Castillo, hasta que mi nombramiento de mariscal de campo pudiera ser confirmado por el Congreso de Nueva Granada, nombramiento que fue enviado a Tunja por el Presidente Manuel Rodríguez y el general Castillo, estaba en la obligación de sostener el gobierno existente en Cartagena y obrar contra la combinación de los dos Piñeres y Bolívar, como lo hice efectivamente. El general Bolívar salió de Tunja y sitió a Cartagena; siendo yo comandante de los fuertes de Bocachica, estaba naturalmente obligado a permanecer fiel al Gobierno establecido en Cartagena, y si hubiera muerto (!!) al general Bolívar en una batalla, *(como le decía después a él)*, hubiera cumplido con mi deber.

Pero la llegada de Bríon de Londres, mi intimidad con él, el calor con que me representaba la necesidad de salvar a Cartagena, y mi convicción de que este plan era el que podía redimir la provincia,

plan que yo sólo podía llevar a buen fin, y considerando mi posición en ese tiempo, me determinaron a hacerlo; y hubiera cumplido mi nuevo compromiso con Bolívar, aun con peligro de mi vida, si la evacuación de Cartagena no se hubiera verificado antes de lo que Brión y yo esperábamos.

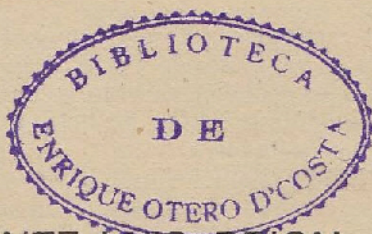
Además, yo estaba, como muchos otros, convencido de la incapacidad y apatía de Bermúdez, como comandante de Cartagena. Yo estaba tan persuadido de lo que digo, que había formado mala opinión de la habilidad y el carácter de Bolívar, y veía, además, en su vuelta, el único medio de salvar la República de las garras de España, que obré de acuerdo con mi convicción. Nunca negaré los pasos dados a favor de un hombre de quien más tarde me convencí que no correspondía con las ideas que había formado de él.

Diré, por último, para cerrar este capítulo, que la miseria era tan grande en Cartagena por falta de provisiones, que se resolvió evacuarla secretamente de noche, sin capitular con Morillo, el enemigo más cruel de los americanos.

Esto se hizo, y Luis Aury, comodoro del escuadrón, recibió a bordo esta desgraciada gente; forzó el paso del canal que forma la entrada al puerto de Cartagena, desde Bocachica, y todos vinieron a protegerse bajo las baterías de los fuertes que yo comandaba.

Fui, pues, el último jefe que quedó, y después que todos las familias de Bocachica se habían embarcado, me trasladé, a las 2 de la madrugada del 8 de diciembre de 1815, a bordo del barco del comodoro Aury, donde me reuní con mi familia. Así dejamos este desgraciado país y partimos para el puerto de Los Cayos.

TRES PROCERES



ALMIRANTE LUIS BRION

Comerciante rico y armador acreditado en Curazao, adoró con entusiasmo la libertad y con delirio a Bolívar, tan luego como lo conoció, por lo que después de haber concurrido al sitio de Cartagena en 1815, llevando en su goleta «Dardo» 15.200, fusiles, 390 espadas, 200 pares de pistolas y otros elementos de defensa, por lo que la ciudad heroica le dio el título de «Hijo querido de Cartagena», se unió al héroe en la expedición de los Cayos y le dio 3,500 fusiles, 132,000 piedras de chispas, buques habilitados y cuanto tenía, con el resto de su vida que la consagró toda entera: siendo uno de los tormentos de sus días, el conato de asesinarlo en Jamaica, por sugerencias del capitán general de Venezuela don S. Moxó, por medio del esclavo Pío, de propiedad del Libertador, matando a Félix Amestoy que estaba en su lecho; pero Bolívar ya ese día había cambiado de habitación. Lo acompaña a Haití donde Petión lo ama y lo auxilia en socio del señor Southerlano; y unidos a los emigrados de Cartagena que llegan a Los Cayos el 6 de enero de 1816, concurrió Brion a las juntas en donde fue nombrado Almirante de 6 goletas, 1 balandro, parque para 6.000 hombres, 150 oficiales y personas civiles: por todo 250 contra

15.000 españoles. Por su influjo Bolívar es nombrado jefe a los gritos de ¡Viva la Patria!

La expedición sale de Acquin el 20 de marzo, y al despedirse Petión de Bolívar le rogó diera libertad a los esclavos.

Brión y Beluche que llevaban en el buque *Bolívar* al Grande Hombre, dieron un sangriento abordaje con los expedicionarios el 2 de mayo, a los buques españoles *Intrépido* y *Rita*, suicidándose el jefe del primero don Rafael Iglesias por no caer prisionero, y muriendo el de la *Rita*, don Mateo Ocampo. ¡Qué bello ensayo!

Vuelve Bolívar a Haití después de la sorpresa de Ocumare en que hubo de embarcarse por creerse perdido por la traición del oficial I. Alsuro, su edecán.

Brión vuelve a buscarlo y le ruega regrese a restablecer la libertad y lo embarca el 21 de diciembre de dicho año, en sus buques y lo lleva a Margarita, trayendo en los de Villaret, armas, cartuchos, etc., y el 28 da Bolívar su proclama en Juan Griego, en que dice: «Vedme, aquí, venezolanos, vengo a la cabeza de una nueva expedición con el bravo almirante Brión, a servirlos, no a mandarlos».

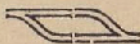
Brión concurrió al Congresillo de Cariaco, pero no reconoció como Jefe Supremo a Nariño sino a Bolívar.

En Casacaima pierde sus flecheras y ve en inminente riesgo a su ídolo, pero en las bocas del Orinoco encuentra al valeroso Capitán Antonio Díaz, y en Pasacaballos, el 18 de julio de 1817, hubo combate por el que se rescatan las embarcaciones que había perdido, toma al enemigo 2 y echa a pique 5, y encuentra en Casacaima a Bolívar.

Fue miembro del Congreso de Angostura, el 10 de noviembre.

Brion da 50.000 fusiles a Bolívar con pólvora y municiones. En Guiria, con Díaz, toman el 25 de agosto de 1818, 8 buques de guerra, rescatan el *Colombia* con sus cañones y fusiles y pierden los españoles más de cien soldados. Da el combate de Pozuelos el 17 de julio de 1819, al llevar la expedición a Barcelona en que iban Urdaneta, Mantilla y los extranjeros. Fue atrevido su paso con la escuadra por sobre los fuegos de la plaza de Barcelona, en agosto, y glorioso su triunfo en Apureseco, donde mueren 700 enemigos con el jefe; victoria que produjo la ocupación de San Fernando, por Páez. En 1820 hizo la campaña del Magdalena y ocupó a Sabanilla donde, con los buques apresados por Maza en Tenerife, forma una lucida escuadra y con ella toma a Santamarta el 11 de noviembre de ese año.

Ansioso de ver a Bolívar viene a Bogotá y su entrevista fue digna de los dos amigos. Al regresar a Curazao, en septiembre, murió el almirante de Colombia. (*Scarpetta y Vergara*).





NECROLOGIA del SR. J. de D. AMADOR

En la noche del 28 de junio ha fallecido en Cartagena, a la edad de 74 años cumplidos, el señor Juan de Dios Amador, hijo de la misma ciudad, uno de los distinguidos Próceres de la revolución de 1810 y de los fundadores de la Independencia nacional.

El señor Amador era comerciante acaudalado, treinta y siete años há, al sonar para la Nueva Granada la hora de los primeros sacudimiento políticos; y era hombre al mismo tiempo de ideas liberales, de extensas relaciones, afable y generoso, popular y estimado de todos. Con cívico entusiasmo tomó parte en los actos con que se inició en Cartagena la contienda revolucionaria, comprometiendo decidido en ella su tranquilidad y su fortuna: y aunque no servía entonces empleo alguno municipal, fue de los elegidos por el pueblo para vocales de la Junta Suprema gubernativa que se instaló al ser depuestas las autoridades españolas, y de los que más contribuyeron con sus esfuerzos y su dinero a dar impulso a la transformación.

En 1812 asistió como Diputado a la Convención constituyente del Estado, y firmó la Constitu-

ción de 14 de junio: de allí pasó a ser miembro del Poder Ejecutivo que ejercían el Presidente-Gobernador y dos Consejeros, nombrándosele para uno de estos últimos destinos; y con su ayuda fervorosa se arreglaron los diversos ramos de la administración, y se organizaron y movieron las expediciones sucesivas militares que dieron esclarecida nombradía en el bajo Magdalena, en Santamarta y en las sabanas de Corozal, a Labatut, a Cortés Campomanes y al inmortal Bolívar.

Desempeñaba las funciones de Gobernador Jefe del Estado en la época memorable del sitio de Cartagena por el ejército expedicionario de Morillo. Su voz y su ejemplo presidieron a los sacrificios de todo género, a tantos sublimes rasgos de abnegación patriótica y de leal perseverancia, conocidos el día de hoy de muy pocos, con que llenaron o sobrepasaron su deber los habitantes y defensores de aquella plaza en tan críticas circunstancias, abandonados a sí mismos: y si el brioso general Bermúdez, que mandaba las armas cuando se resolvió la evacuación a impulsos del hambre y de la peste, hubiese cedido a las instancias de Amador, de retardarla tres días, Cartagena se habría salvado, salvando quizá la República entera; pues a las doce horas de abandonados los muros, de que ya pensaban alejarse los sitiadores, llegó un buque cargado de provisiones, y en pos de él llegaron otros varios, conforme al anuncio razonado del hábil Jefe civil.

El señor Amador emigró entonces, en unión de cuantos pudieron embarcarse, para arrostrar nuevos y multiplicados peligros a cambio de no caer bajo la dominación española; y escapando milagrosamente de la brutal perfidia de sus propios conductores, marinos extranjeros colmados antes por él de hon-

ras y beneficios, pudo recalar al fin a la isla de Jamaica y fijó su residencia en Kingston. Allí permaneció expatriado, trabajando para vivir con dos hermanos suyos, auxiliando con sus servicios personales y sus economías a los demás emigrados, cooperando hasta donde alcanzaba el buen éxito de los planes y tentativas reaccionarias de los patriotas, y haciendo votos al cielo por la libertad y dicha del suelo natal: su casa era el auxilio de todo compatriota desvalido, y su pluma la más diligente en transmitir avisos y consejos oportunos a los que combatían por la independencia en las costas granadinas y venezolanas, o preparaban expediciones en las Antillas en favor de la misma causa.

Restituído al país en 1824, con escasos medios de subsistencia y quebrantada salud, aceptó y sirvió con el celo y pureza que le eran habituales, varios destinos públicos, entre ellos la Contaduría departamental del Magdalena, Prefectura y la Gobernación. La muerte le encontró de Administrador principal de correos, siendo la dotación de este empleo el único recurso que ya contaba para mantenerse.

Nunca perdió el señor Amador el afecto y la confianza de sus conciudadanos, que le veneraban, además, como hombre experimentado y de consejo, como protector común, y que han tributado en masa los fúnebres honores a sus inanimados restos, y conservando su corazón como preciosa reliquia. Su carácter bondadoso y conciliador le hacía respetar de todos los partidos en las turbulencias intestinas, aunque fue sostenedor constante de los principios legales y del orden público. Valetudinario en los últimos años de su vida, conservaba, no obstante, vigorosas